

leer: o el tránsito de la epifanía a la abducción

mauricio vélez upegui

“La Abducción es... la única clase de argumento que da origen a una nueva idea”.

Peirce

gua que la categoría de los adjetivos posesivos. Si por ventura afirmo, no sin cierta holgura de estimación, que “en lo que sigue *mi* punto de visto —sobre la lectura— recubrirá asuntos tales como...”, aparte de una imprudente contundencia (por lo demás fácilmente desmantelable), escucho resonar la impureza de una atribución equívoca no exenta de contradicción: “*mi* punto de vista no es mi punto de vista, o mejor, no es con mucho mi punto de vista”. La forma

apocopada del posesivo, si bien sobrelleva en este caso concreto una aspiración de singularidad (que pretende sustraerse de cualquier indistinción apacible), se torna depositaria —por lo que toca al sujeto de enunciación presupuesto— de una irrecusable contaminación, si no entitativa, sí cuando menos verbal: el *mi* que implica al *yo* de la escritura (y cuya postura es precisada merced a una determinación gramatical) no es causa formal de la proposición que anuncia el advenimiento de un punto de vista por venir; antes bien, es consecuencia incierta de una encrucijada pronominal donde rebullen miríadas de voces inconsútiles: ya la presunta voz primera, ida para siempre a fuerza de emerger en un pasado cada vez más evanescente,

ya las ecológicas voces de la infancia, tanto menos cercanas cuanto más animadas por una evocación caprichosa; o bien la voz de los libros iniciales, nacida cuando la ensoñación incólume aún no daba cabida a la cauta y mudable razón, o bien las voces de los textos subsiguientes, teñidas de esforzado saber o necio predicamento y ávidas de suscitar estupor o procaz indiferencia. De modo que decir “*mi* punto de vista”, lejos de consentir los trazos de una actitud resolutiva, equivale a facultar el mentís de una pertenencia; o, si se prefiere, equivale a restaurar, por una especie de vuelta de tuerca, la inscripción de la voz propia en el flujo imantado —en la travesía recursiva de las infinitas voces que corren por el mundo al amparo de un re-

conocimiento contingente, de las voces que derivan por el mundo a resguardo del prejuicio que se obstina en sostener la idea de que el sujeto (en sentido psicoanalítico) y la subjetividad (en sentido lingüístico) son sinónimos de unidad fundacional. Heme aquí, pues, con el deseo —y menos con el deber— de barruntar el modo como mi voz desunida ya para siempre, queda entrampada en la tela de las voces que intentan urdir una lectura de la lectura.

1. Que sea la de Barthes la presencia que preceda el punto impreciso en que mi voz simula la existencia de un comienzo expositivo. La elección de ninguna manera es fortuita; acarrea, muy al contrario, la ilusoria seguridad a que conduce una necesidad declarada. Hablo de la necesidad que consiste en sesgar la impasible continuidad de los discursos para hallar, en nombre de una ley formal de escritura, cierta piedra de toque. Y la piedra no quiere ser otra que aquella que es representada por la voz que me antecede; la piedra no quiere ser otra que una interrogación desdoblada: *¿Qué es leer?*, *¿cómo leer?*, *¿cuál horizonte se persigue al leer?* ⁽¹⁾. Dichos interrogantes, y algunos más apenas entrevistos como derivaciones coextensivas, cubren un amplio dominio no menos denso que problemático. Denso, por la plural naturaleza teórica de que estarían insufladas las posibles —y en ocasiones probables— respuestas. No en vano los términos ostensivos a que remiten cada una de las pregun-

tas, antes que tolerar ser reunidos bajo una misma categoría razonable (que permitiera la adopción de una postura unificadora), se asientan en órdenes de pensamiento disímiles y tienden a ser acogidos por campos de reflexión diferentes. Así, preguntar *¿qué es leer?* supone agenciar una conciencia filosófica dispuesta a recavar, no en la materialidad técnica de la acción (no en rasgos observables de la experiencia individual), sino en la naturaleza substancial de una práctica irrealizable en el vacío; preguntar *¿cómo leer?*, lejos de promover la acodadura de un aprendizaje apuntalado en variopintas prescripciones, es inquirir por artificios de semiótica estructural o por recursos de índole hermenéutica aptos para convocar una cooperación descriptiva o comprehensiva que rebasa la ínsita inmovilidad de los esquemas resabidos; y preguntar *¿cuál horizonte se persigue al leer?* implica instalarse en una sinsalida pragmática donde se entrecruzan tres nuevas sendas inquisitivas: ¿se anda a la caza de las *intenciones del autor?*, ¿se ventea el rastro de las *intenciones de la obra?* o ¿se emprende la búsqueda de las *intenciones del lector?* ⁽²⁾. En las tres una extraña moral asiste todo intento de orientación: si se trata del primer caso, la moral acota: “debes encontrar lo que el autor quiso decir”; si se trata del segundo, la moral señala: “debes encontrar, más acá o más allá de las intenciones del autor, lo que la obra manifiesta”; y si se trata del tercero, la moral exclama: “debes en-

contrar algo que, fundado en tu propia estructura semasiológica, tome en cuenta la voluntad finalista del autor y la real actualización de la obra”.

2. Decía que el campo es denso y problemático. El carácter problemático aparece justamente cuando, una vez sopesadas las preguntas antes formuladas, se intenta acuñar con ellas una disquisición teórica admisible. A poco de ensayarse la postulación de sus determinantes constitutivos, la disquisición, sin embargo, empieza a acusar no poca inconsistencia. Veamos: el primer determinante sería el del objeto mismo contenido en la palabra que es común a las tres interrogaciones, es decir, en el verbo *leer*. Pero bien observa Barthes que en dicho verbo el objeto se derrama en innúmeros complementos directos: “se leen textos, imágenes, ciudades, rostros, gestos, escenas”. A tal punto prosperan los complementos que, respecto de la lectura, resulta impertinente la idea de intransitividad. Sea que se asuma en términos de habilidad latente que se desarrolla y cualifica merced a una serie compleja de operadores didácticos, sea que se asuma como práctica de producción de sentidos, la lectura —el acto de leer— reclama el atributo de lo transitivo verbal. Aduciendo una restricción de pertinencia, se podría objetar que sólo por abuso de términos la palabra *leer* halla curso en otros dominios distintos del textual (que sólo leemos lo que en rigor se yergue como correlato palmario de la lectura, esto es, lo que detenta voluntad de escritura). Podría ser; no obstante, ello significaría obviar la condición mediadora del lenguaje, que en igual proporción vertebrada y atraviesa tanto la lectura de lo textual como la “lectura” de lo no textual.

Versaría el segundo determinante sobre el modo de describir el proceso de ejecución del acto. Una noción como jerarquía de instancias entraría a funcionar. Aun sin dudar de que tal ordenamiento pudiera ser fijado, éste sería desbordado, a buen seguro, lo mismo por la cantidad de fases estimables que por la naturaleza heteróclita de las mismas. Si limitamos su valor a una tríada hipotética, no habría obstáculo en adelantar las siguientes: una fase primaria, que consistiría en transformar las ondas luminosas proyectadas por los caracteres impresos en perceptos grafémicos; una fase secundaria, que consistiría en transformar los perceptos grafémicos en regímenes de signos socializados; y una fase terciaria, que consistiría en transformar los regímenes de signos en fuerzas o potencias de conceptualización individual. Aun cuando las tres encuentran asidero en analizadores corticales de cuño neuropsicológico, en la primera y segunda predominan reguladores óptico-mecánicos y lingüísticos, mientras que en la tercera reguladores “semiósicos”. En consecuencia, la fase terciaria, de suyo inconclusa (pues no puede menos de involucrar clases heterogéneas de dispositivo creadores), se mueve, si así cabe anotar, al ritmo de una severa contradanza: “se puede decidir que todo, en definitiva, es legible (por ilegible que parezca), pero, también, en sentido inverso, se puede decidir que en el fondo de todo texto, por legible que haya sido su concepción, hay un resto de ilegibilidad”. ⁽³⁾.

Hace falta considerar un tercer aspecto, signado por la doble pro-

piedad de lo determinante y lo determinado: el sujeto mismo que obra el proceso. De hecho el sujeto que lee, por más inocencia que pretenda mostrar, nunca llega en estado de traslúcida desnudez al texto; antes bien, trae consigo el espesor de su compleja condición: deseos, miedos, demandas, angustias, resistencias, entrevisiones, prejuicios, etc.; es, a la sazón, un compuesto de *otredades* entitativas. De suerte que su cuerpo, al tenor de una perspectiva topológica, deviene lugar de cruce y tránsito de códigos diferentes (inadvertidos algunos, otros sintomáticamente revelados y los más, tal vez, insertos en redes virtuales de intercomunicación dialógica). A sabiendas o sin saberlo, entra en el mundo que el texto articula con la intención de intervenirlo, con la intención —borrosa, instrumental o lúdica— de determinarlo. Para tal propósito cuenta con el caudal de códigos que lo asisten y que, eventualmente, tornan escurridizo su propio imaginario. Entonces sobreviene una especie de acoplamiento de códigos, de ensamblaje discursivo cuyas consecuencias resulta difícil medir: el texto se ofrece a la intervención teleológica del lector, así como el lector sucumbe a la seducción emprendida por el texto. Por supuesto no hay que desechar lo contrario: el acomplamiento no es garantía de comunidad; nada obstaculiza el acaecimiento de los desencuentros, de los deseos fallidos, de las interrupciones y abandonos definitivos. Con todo, si el diálogo se verifica entre ambos, si ambos se prestan a una mutación recíproca, el lector sale del texto a contrapelo de la indiferencia, salpicado de nervaduras palimpsésticas, determinado por extensiones dadoras de significación. Su ser, en una palabra, sale transido de una gravosa cobertura, de una imposible levedad. Sal-

vo que haya obrado reflexivamente (anticipando una pregunta como objeto, una jerarquía de instancias como aproximación metodológica y una adecuación polidiscursiva como sujeto), el lector, al garete en su aventura de signos, no puede aguzar su visión en el establecimiento de una disquisición autorreferencial que pregunta por una teoría de la lectura.

3. No obstante las limitaciones sugeridas, imaginemos, a título de contrarréplica, el caso de un lector que inicia un ejercicio de lectura reflexivo. Participe de cierta memoria, a la vez social e individual, se sabe —aunque con vaguedad— anudado a una cadena infinita de significantes culturales; se sabe tramado, en cuanto eslabón fortuito, por dos órdenes humanos que le son preexistentes: el orden técnico y el simbólico. No ignora, quizás, que en la plasmación escrita de las líneas registradas es dable descubrir el vestigio de una prolongación dinámica de la mano del escritor; y que en la construcción referencial del universo recreado es dable entrever una extensión desarrollada del cerebro de aquél. Tampoco ignora que en la concurrencia armoniosa de los dos órdenes reside la conformación del objeto que en su momento reclama de una atención concernida. Asume por lo tanto que el objeto que tiene delante de sí es tributario de un doble matiz: material y formal (y no precisamente porque la suspicacia de su saber le haga sospechar de una fuerza disciplinaria subyacente). Es material puesto que su labor como lector se reduce a establecer, en principio, una actuación conmutativa entre la linealidad sintagmática del texto y el repaso visual, la re-visión a posteriori sobre la misma (nótese la readecuación de una respuesta técnica); y

1. BARTHES, Roland, “Sobre la lectura”. En: *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. España: Paidós Comunicación, 1987. P. 39 y ss.

2. ECO, Umberto, “Intentio lectoris: apuntes sobre la semiótica de la recepción”. En: *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen 1992. P. 29 y ss.

3. BARTHES, Roland. Op. Cit., p. 41.

formal puesto que su tarea como lector, después, consiste en demudar, en una operación de trazos isomórficos inversos, las capas conceptuales —los revestimientos no-cionales— de que está impregnada la codificación generativa del texto leído (nótese la reaparición de una respuesta simbólica). La confluencia homóloga de estos dos órdenes no concluye aquí. El lector, acto seguido, reproduce, hasta cierto punto, la continuidad técnico-simbólica del escritor: de un lado, ocupa la superficie textual que alcanza su campo visual: subraya, resalta, dispone notas al margen, tiende conexiones o, para reavivar la dimensión de su práctica, escribe; y de otro, desaloja, si así cabe acoatar, el fondo categorial que reviste su campo mental: sólo de ese modo elimina el lastre prejuicioso de un saber o de una imagen consolidados y vuelve permeable —de nuevas excitaciones cognitivas o representativas— la masa opaca de su mente. Es claro que entre una y otra readecuación pueden presentarse acontecimientos de relación discreta, discontinua o inmotivada (aunque preferiríamos creer que en el proceso se da lo contrario). Si ello es así, si entre la disponibilidad técnico-manual y la disponibilidad simbólico-cerebral no se da, siempre y bajo toda circunstancia, un hilado de fuerte compostura, entonces ¿qué operador facilitaría la comunicación sinérgica entre ambos polos?

4. A riesgo de incurrir en una futilidad de índole especulativa, respondería que el operador es una especie de clarividencia intelectual condicionada por un instinto alerta y vigilante; el operador es, ni más ni menos, una *epifanía*. El sentido de esta expresión excluye la connotación religiosa de festividad oficializada por el canon atávico de

la iglesia católica. En su acepción elemental quiere significar lo que significaba para Joyce: una súbita revelación espiritual de las propiedades constitutivas y consecuentes de un objeto, ya en las formas comunes de la comunicación verbal y no verbal, ya en un momento significativo de la conciencia razonante⁽⁴⁾. A mitad de camino entre la percepción involuntaria y la razón vigilante, la epifanía es, con otras palabras, una ingrátida disposición para captar —de un modo sinuoso y evanescente— el estallido sordo o sonoro de las cosas. Trasladado al terreno de la escritura, este fenómeno, refractario a cualquier juicio de valor peyorativo, obra a cabalidad en el ínterin que presuntamente separa las extensiones técnica y simbólica que yacen implicadas en la práctica de la lectura. En efecto, con mayor frecuencia de lo que parece, el lector, durante las distintas etapas de actualización de su práctica (y antes incluso de ceder sus inciertos impulsos a formas digitales medianamente estructuradas) experimenta intempestivas iluminaciones semánticas. Parafraseando una antigua imagen poética, diría que son fulgores de sentido cuya lúcida intensidad aumenta justo antes de que preanuncien su acabóse. Pese a que son tributarios de una duración ultracorta, estas incisivas manifestaciones de radiación mental fungen en calidad de cooperadores textuales. Sea que se pierdan tan pronto como aparecen, sea que se las retenga para diferidos propósitos de decodificación tabular (que no lineal), ellas elaboran, paulatinamente, el figurado torniquete mediante el cual se anudan y desanu-

4. ROMANA PACI, Francesca. *James Joyce: vida y obra*. Barcelona: Nexos, 1987. P. 72-73.

dan las solidarias terminales de lo técnico y lo simbólico. Ciertamente por su connatural delicadeza, por su impalpable sustancia, estas imprevistas revelaciones carecen de integridad definitiva; pero no es menos cierto que por su indicial consonancia con ellas mismas y con la virtual consonancia del universo referencial articulado sobre la superficie del texto leído, ellas pueden inducir, pese a la intermitencia de sus relucientes figuraciones, una iniciativa de lectura caracterizada por el destello sopesado, por el vislumbre controlado, por la adivinación razonada. En tal caso, el lector transita de la inherente fugacidad de las epifanías hacia la fascinante persistencia de las *abducciones*.

5. En procura de formular algunas precisiones, no sobra señalar que la palabra *abducción* no es un neologismo (y tampoco de cuño amañado o rimbombante). Su mención original se halla aun cuando de manera trastocada, en los *Análitos Primeros* de Aristóteles. Según hipótesis de Peirce, descuidos inconsútiles de sucesivos amanuenses hicieron aparecer, en las distintas copias de la obra, el vocablo *reducción* donde debía aparecer el vocablo *abducción*. Como quiera que una y otra palabra (la una en presencia y la otra en ausencia) informaban de la teoría silogística de El Estagirita, Peirce se propuso corregir semejante error secular luego de analizar las diferentes selecciones contextuales en que ambas palabras se prestaban a un intercambio conceptual⁽⁵⁾. A partir

5. HARROWITZ, Nancy. "El modelo políciaco: Charles S. Peirce y Edgar Allan Poe". En: *El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce*. Por Umberto Eco y Thomas A. Sebeok. Barcelona: Lumen, 1992. P. 262.

de entonces el término cobró nueva vida. Bajo la cobertura de un significado extensional, abducir presupone una actividad de amplio registro conjetural, apostante. Conserva del lexema epifanía, de su significado de base, el tinte cognitivo de la iluminación; pero a la vez lo sobrepasa al demandar la verificación que se cimenta en la prueba explicativa. Admite las apropiaciones de lo real que se apuntalan en tentativas de manipulación y dominio indiciales; pero las sobrepaja al insistir en la necesidad de proporcionar evidencias de constatación probable (y no únicamente verosímil). Regula las vivencias oscilantes que se producen como consecuencia de la voluntad humana por transmutar lo natural hostil en lo artificial hospitalario; pero reclama al mismo tiempo una triple ley de conocimientos, observaciones y razonamientos fecundos (triple ley operable conforme a un vasto espectro de saberes pertinentes, percepciones trascendentes y reconstrucciones heurísticas). Tal inventario conjetural, así conceptualizado, constituye la antesala de un razonamiento afecto a los detalles aparentemente anodinos o fatuos, pero que en el discurrir de una decantación atinada —de una criba juiciosa— se destacan por su suficiencia predictiva o por su eficacia plausible. En suma, la *abducción*, también llamada por Peirce con las designaciones de *retroducción*, *presunción* y *argumento originario*, revela una acción paradigmática de inesperada versatilidad que permite al hombre, en su incesante diálogo con el entorno, pactar interpretaciones intuitivas, procesos de intelegibilidad de lo real y lo textual que superen la uniforme inmediatez de lo útil y alcancen niveles superiores de reconocimiento espiritual. Urge la descripción del

razonamiento analítico contenido en la práctica de la *abducción*.

6. Dos marcos de referencia, por lo menos, es necesario invocar para llevar a cabo la mencionada descripción. Demos al primero el nombre, más genérico, de *apropiación cifrada de lo real*. Viejo y siempre actual marco éste, habida cuenta de las incontables variantes que ha conocido en el decurso de la historia occidental. Su fundamento es el número, el guarismo, y con base en él apela a divisiones y subdivisiones tricotómicas de razonamiento para emitir predicados acerca de lo real. A diferencia del venerable paradigma pitagórico que postulaba una visión del cosmos basada en una decena de parejas de opuestos (luminoso-oscuro, izquierdo-derecho, cuadrado-oblongo, etc.), el procedimiento numeral restringe la serie infinita de las cifras a tres —ordinales o cardinales—, y solamente con ellas edifica sus postulados básicos. Con otras palabras: en contra de la idea de un mundo regulado por la figura del pareado, por la fértil idea del paralelismo, brota la idea de un mundo cuyo fulgente caos e indeterminación puede ser cernido —geométrica y simbólicamente— por la catalizadora figurativización del número tres. A título de ilustración, Sebeok, no desatento a las múltiples insinuaciones del "pensamiento numerológico", evoca, entre otras, la siguiente tríada: "la más fundamental de tales categorías triádicas ontológicas fue la del sistema pronominal de *Ello* (it), el mundo material de los sentidos, objeto último de la cosmología; *Tú* (Thou), el mundo de la mente, objeto de la psicología y la neurología; y *Yo* (I), el mundo abstracto, incumbencia de la teología"⁽⁶⁾. Muchas más podrían ser puestas en escena; con todo, más revelador que el dato do-

cumental de la cantidad, sería el hecho de la inexorable atracción que incita a su empleo incesante. Sin ánimo de indagar por las fuerzas primarias que latén en el seno de semejante atracción, señalaría que esta forma de apropiación tricotómica hunde sus raíces en la comprensión del carácter estático, formal y acaso retóricamente inmóvil, en el que quedaría sumida una cuestión cualquiera que es encarada, en gracia de discusión, mediante el enfrentamiento absoluto de dos puntos de vista tradicionales que se anulan entre sí por efecto de aporías insolubles. El tercero no sería, como quiere una justificación del sentido común, la expresión de una contradicción superada; sería, por qué no, el término elemental de una estructura (reducible o irreducible a subordinaciones), sin cuyo austero o festivo concurso resultaría vano hablar de transposiciones parciales o totales de pensamiento.

7. Ahora, bien, demos al segundo el nombre, más específico, de *modelado proposicional de lo real*. Este marco, de alguna manera, es una concreción lógica del primero. Por ende, no escapa a la augusta regulación impuesta por la organización triádica. Detenta una variante: en lugar de números opera con premisas, con proposiciones dadas de antemano que sirven de base a argumentos ulteriores. Las premisas, codificadas en el devenir de una larga tradición, se disponen conforme a la dirección de los movimientos que el intelecto sigue en sus actuaciones formalizadas. Tres son las direcciones y movimientos que cabe destacar: si la dirección

6. SEBEOK, Thomas. "One, Two, Three... uberty (A modo de interpretación)". En: *El signo de los tres*. P. 23.

es hacia arriba y ascendente el movimiento, hablamos de una *anábasis* o razonamiento inductivo; partimos, pues, del caso o premisa menor, pasamos por el resultado o conclusión y tendemos a llegar a la premisa mayor o regla. Si, en cambio, la dirección es hacia abajo y descendiente el movimiento hablamos de una *katábasis* o razonamiento deductivo; partimos de la regla, pasamos por el caso y tendemos a llegar al resultado. Y si, por fin, la dirección es sostenida —en el medio— y segregativo el

movimiento, hablamos de una *reducción* o razonamiento abductivo; partimos del resultado y avanzamos hacia arriba, en busca de la regla, y hacia abajo, en busca del caso, casi hasta encarnar el estado de un “alma bipartida” (según la feliz sentencia de Poe): la mitad plena de intuición poética y la otra mitad plena de exactitud matemática ⁽⁷⁾.

Un esquema ilustrativo ayuda a fijar las combinaciones antes anotadas:

	Inducción
Caso	El tiene los dientes amarillos
Resultado	El es un fumador
∴ Regla	Todos los fumadores tienen los dientes amarillos
	Deducción
Regla	Todos los fumadores tienen los dientes amarillos
Caso	El tiene los dientes amarillos
∴ Resultado	El es un fumador
	Abducción
Resultado	El es un fumador
Regla	Todos los fumadores tienen los dientes amarillos
∴ Caso	El tiene los dientes amarillos

La trascodificación del esquema merece, a su vez, algunas consideraciones: la inducción incita a derivar la *regla* del caso y del resultado; la deducción insta a provocar el *resultado* de la regla y del caso; y la abducción mueve a obtener el *caso* del resultado y de la regla. Se advierte que mientras la inducción y la deducción son los puntales extremos de una aventura de razonamiento, la abducción es el pivote de la misma. Más todavía: a juicio de Peirce, en la in-

ducción se muestra que “*algo es realmente operativo*”; en la deducción, que “*algo debe ser*”; y en la abducción, que “*algo puede ser*” ⁽⁸⁾. Ser, deber ser y poder ser consolidan la sustancia espiritual de esta trilogía. Se dé cuenta o no de ello, el lector no pasa en silencio por ninguna de las tres: induce cuando, ante la realidad de un dato textual, estima imponderables generalizaciones; deduce cuando, ante la necesidad de un dato textual, genera reducidas particularizaciones;

y abduce cuando, ante la posibilidad de un dato textual, adelanta explicativas adivinaciones. O como asegura Harrowitz: “La construcción de la abducción... describe esencialmente un proceso en el cual el sujeto (lector, agregaríamos nosotros) se enfrenta a un hecho observado que requiere explicación y que parece importante. A fin de explicar el hecho observado, el sujeto necesita encontrar ‘una ley o regla conocida de la naturaleza u otra verdad general’, que, por una parte, explique el hecho retroactivamente, y, por otra, revele su importancia. La abducción es el paso entre un hecho y su origen; el salto instintivo, perceptivo, que permite al sujeto adivinar un origen que puede ser verificado después para confirmar o refutar la hipótesis ⁽⁹⁾. En verdad la práctica abductiva envuelve a las otras dos: envuelve a la inducción puesto que exige, ante un dato o hecho observado, la postulación de una especie de apoyo genealógico, de una genuina pesquisa arqueológica capaz de abstraer, indicial y retrospectivamente, el contenido virtual (enciclopédico) de que está compuesto el hecho mismo o dato de partida; y envuelve a la deducción puesto que precisa, una vez intuida la verdad general o norma razonable, de una suerte de imaginario predictivo, de sucesivas inferencias presuntivas capaces de verificar la consistencia o inconsistencia de la hipótesis gestada en relación con el hecho o dato mismo. Dicho en breve, la abducción proporciona al lector el saber conjetural que luego la inducción y deducción verifican. Verificación que, después de todo, no lleva por propósito el establecimiento de verdades absolu-

tas sino sólo la sugerencia de matices próximos a la certeza.

8. Parece nacer un escollo de carácter lógico. ¿Consiste la abducción, conforme a lo ya expuesto, en una práctica cognoscitiva afecta a sopesar —y únicamente a sopesar— la validez proposicional de las tres clases de inferencia canónicas?, ¿en realidad es un mero artificio de modelado de lo real cuya eficacia se impone allí donde se conjuran las insuficiencias de enunciación materiales?, ¿acaso se define como una simple constante de enlazamiento de fases siempre obligadas en toda tentativa de investigación racional sistematizada? Resulta imperativo contestar que no; si así fuera estaríamos defendiendo una actividad similar a la de la serpiente que devora su propia cola. Aceptemos que la abducción, en tanto que práctica de lectura, invita al entrecruzamiento de los tres tipos de raciocinio convencionales: invita a la inducción cada vez que el lector reúne, entresaca y encaja los datos, hechos, imágenes o ideas que aparecen en forma de manifestación lineal sobre la superficie del texto. He aquí una faena de indeciso reconocimiento, pues el texto se revela como un artificio dotado de múltiples elementos intrínsecos (léxicos, sintácticos y semánticos) y de elementos extrínsecos (de naturaleza pragmática). Luego la abducción, por así decirlo, se invita a sí misma cada vez que el lector, asaltado por intempestivas epifanías (de correlación estructural o de expansión semiótica), procura someter el material conseguido en la etapa de la inducción a la vigilancia liberal de unas cuantas hipótesis o conjeturas que permitan analizar o interpretar las causas posibles que dieron origen al mismo. He aquí una faena de cooperación indicial, de enorme raigambre geo-

lógica que funciona tomando en consideración huellas, vestigios o improntas textuales y trazando entre ellos mapas, cartografías conceptuales o noológicas. El lector, en esta etapa, convoca sus competencias, la fina masa de sus saberes; remonta el curso de lo dicho y, cual nuevo arúspice, recorta con el bastón de su intelección la visceral sustancia del texto para adentrarse —no sin trastabillar— en lo no dicho. Y por último invita a la deducción cada vez que el lector, luego de fortalecer la intelegibilidad de los datos, hechos, imágenes o ideas con ayuda de paradigmas indiciarios, explica o predice las consecuencias inherentes a las conjeturas adelantadas. He aquí una faena de destilado probatorio, que tan pronto se revela plausible en un segmento o porción del texto sólo tolera ser aceptado a condición de ser avalado por otro segmento o porción del texto.

9. “Pero yo insisto (escribe Peirce) en la importancia de la función de la *abducción*, de la hipótesis. Al subrayar, en contra de la tradición cartesiana, que todos nuestros conocimientos tienen una base hipotética, por una parte pongo de presente su falibilidad intrínseca, pero por otra proclamo la necesidad de poner resueltamente la abducción en el puesto de mando del proceso cognoscitivo en general y sobre todo del proceso científico, puesto que sólo mediante la hipótesis, mediante abducciones nuevas y más osadas, podemos descubrir nuevas verdades, por aproximadas y provisionales que sean; sólo mediante nuevas hipótesis podemos ampliar nuestra visión de lo real y descubrir nuevos caminos de experiencia... ⁽¹⁰⁾. ¿Por qué esta insistencia de Peirce en la abducción, en el razonamiento intermedio de la tricotomía intelectual por exce-

lencia? —¿Por qué, al filo de un predicamento hiperbólico, Peirce llega a afirmar que “la abducción es... la única clase de argumento que da origen a una nueva idea?” ⁽¹¹⁾. Ya que andamos en el juego de las conjeturas, se me antoja una conjetura: su insistencia está apelando a una moción hermenéutica, interpretativa. Quiero decir: la abducción es una interpretación, la abducción es interpretación. Expliquémoslo: interpretar, del latín *interpretor-aris*, es un lexema compuesto de dos elementos: *inter* (entre) y *pres* (del verbo *pressi-presum*: asir, coger, agarrar). Marca, en gracia a su etimología, una acción mediadora, segregativa (entre un objeto determinado y el lenguaje mismo utilizado). Da a entender “una actividad que implica no tanto el situarse en un exterior frente a aquello que es objeto de aprehensión, cuanto en un *ejercicio interno a la cosa retenida*” ⁽¹²⁾. O, si se quiere, la interpretación, al renunciar a la realidad de la exotopía en relación con el objeto, determina para sí misma una pregnancia intestinal que obliga a recorrer al revés —en relación con el objeto— el trayecto que va de los efectos a las causas. Ese factor de reversible anudamiento que está contenido en la noción de interpretación es, de cierta manera, el que también caracteriza la labor de lectura abductiva. En ésta, por más falible que sea la hipótesis pro-

7. HARROWITZ, N. Op. Cit. P. 260.

8. Idem, p. 244.

9. Ibidem.

10. BONFANTINI, Massimo A. y PRONI, Gianpaolo. “To guess or not to guess”. En: *El signo de los tres*. P. 171.

11. Idem, p. 180.

12. MONTOYA, Jairo. “Lenguaje, genealogía e interpretación”. En: *Nietzsche 150 años*. Santiago de Chile: Facultad de Humanidades, 1995. P. 93.

puesta, la interpretación no es un agregado subsidiario. Expresado con más énfasis: la hipótesis supone el concurso creativo —en el seno de la mediación en que se instala— del dato previo (del objeto textual a interpretar) y de la regla (del “mundo posible” respecto del cual alcanza validez hermenéutica). En ese sentido, si mal no interpretamos, la abducción desemboca en un arte de la sospecha fundada (pocas veces infundada) y siempre fundadora de nuevas avenidas de inteligibilidad de lo real y lo textual.

10. Arte de la sospecha fundada, la abducción no está libre de limitaciones. Señalemos tres. Primera: no hay completa seguridad de que el proceso tricotómico pueda ser aplicado, siempre y en todo momento, a la totalidad de las proposiciones que configuran el volumen textual. De un lado, porque haría resentir un principio de recepción conocido: el principio de economía decodificadora; y de otro, porque no parece que hasta el más mínimo detalle preste mérito conjetural (no cabe duda de que la abducción privilegia lo que parece marginal e irrelevante, lo que parece, pues, desprovisto de significación; pero no hay duda también de que no todo lo insignificante admite ser redimensionado por obra y gracia de un raciocinio procaz). La segunda: todavía no está claro si, en virtud de una restricción de géneros, la abducción obre con más fortuna sobre ciertas tipologías discursivas que sobre otras. Por ejemplo, que obre más sobre tipologías discursivas detentatarias del llamado código hermenéutico que sobre las que no lo contienen. Como se sabe, en dicho código es capital la noción de enigma (y sus variantes colaterales: la adivinanza, el secreto, el hermetismo oracular, los re-

conocimientos criminales, etc., para hablar sólo de algunos tópicos temáticos desplegados por el discurso de la ficción). Juego edípico por definición, el enigma, a su vez, se delimita en el seno de una triple temporalidad: tiempo del planteamiento (cuando las causas todavía se desconocen), tiempo de las tentativas de solución (cuando se levanta la plataforma indicial que va a iluminar las presunciones explicativas) y tiempo de la resolución (cuando los efectos se coligan retroactivamente con las causas hasta converger en la certidumbre proporcionada por la conjetura fundamental). ¿Qué acontece, empero, en los textos en los que el enigma es el menor de sus constituyentes? La tercera: resulta audaz determinar si en el entrevero de las tres clases de razonamiento intervienen la sucesividad o la simultaneidad procedimentales. Mejor dicho: suponiendo que el lector, ante el dato textual, esgrima el contenido conjetural que activa el dispositivo de la abducción, ¿cómo se orienta en seguida?, ¿recorriendo en forma gradual o simultánea los escalones de la pirámide inferencial? Y aun tomando partida por una u otra vía, ¿cómo lo hace? ¿Sirviéndose de su enciclopedia, con todo lo delgada u obesa que pueda ser?, ¿activando resortes heurísticos que es conveniente endilgarle a él?, ¿diseñando una guía de instrucciones *ad hoc*? Eco proporciona una salida a este último problema a partir de un postulado que no puede soslayarse cuando se trata de universos textuales, a saber: el postulado según el cual los textos —cualquiera sea su naturaleza— son manifestaciones codificadas (hipercodificadas o hipocodificadas) ⁽¹³⁾.

11. En los casos de manifestación textual hipercodificada, el lector puede operar con cuatro cate-

gorías de trabajo: “improntas”, “expresiones-tipo”, “síntomas” e “indicios” ⁽¹⁴⁾. Las *improntas* son signos que se producen con base en la experiencia individual y de acuerdo con diversos contextos culturales. Domeñar interpretativamente una impronta equivale a ponerla en conexión con una probable causa física. Acojamos la idea de que el narrador de una novela histórica enuncia lo siguiente: *el rey-mago portaba una capa roja y llevaba junto a sus ojos la sombra de unas líneas de malaquita*. La aproximación abductiva toma en cuenta el contexto implicado (a partir de la impronta *rey-mago*), los signos producidos (*capa roja* y *líneas de malaquita*), junto con la causa plausible (*cólera del rey producida por un reciente desacuerdo sucedido en el interior del palacio*). Hay que recordar que la causa no es necesariamente parte del material narrativo anunciado por el narrador. La *expresión-tipo* es el designador nominal que sirve para describir el objeto o los objetos significativos. Por lo general está determinada por la impronta y, claro, aprovecha los valores troquelados por la experiencia individual. Si en nuestro ejemplo la capa del rey-mago se describiera con otro color, *negro*, pongamos por caso, la impronta o signo daría al traste con la causa emitida. Otra causa habría que esgrimir: *no es la cólera sino la expresión de un sentimiento fúnebre*. Los *síntomas* son simplemente los efectos que remiten a las

13. ECO, Umberto. “Las condiciones de la interpretación”. En: *Los límites de la interpretación*. P. 239-253.

14. ECO, Umberto. “Cuernos, cascos, zapatos: algunas hipótesis sobre tres tipos de abducción”. En: *El signo de los tres*. P. 275 y ss.

causas. No deben ser confundidos con las improntas: básicamente éstas se sitúan entre las causas (ausentes y desconocidas) y los síntomas (presentes y reveladores). En una palabra, dado que el sello del síntoma es su propia exhibición, la impronta actúa como torniquete entre el dinamismo causal y la manifestación significativa correspondiente. En este punto, esperaríamos del narrador que revista el pasaje diegético de connotaciones actanciales del tipo: *el rey-mago se levantó de su trono, anduvo por la recámara real y se detuvo de repente. Sus ojos percibieron algo en lo que antes no había reparado. Los indicios* son “objetos físicos dejados por un agente exterior en el lugar donde sucedió algo que se reconocen como vinculados físicamente con ese agente, de manera que al partir de su presencia real o posible pueda deducirse su presencia pasada”. Como la causa, en la ilustración creada, es la cólera del rey producida por un desacuerdo, resta encontrar gracias a algún indicio, la explicación probatoria. Imaginemos que el texto dice: *era una bolsa vacía, con recubrimientos de plumas de halcón, dejada bajo el escabel del trono por el visir de un distrito circunvecino y empleada para transportar oro*. La bolsa, entonces, sería el indicio explicativo. De modo que los indicios, que tornan presente lo ausente, son los auténticos gestores de la interpretación. A veces están en relación de contigüidad distante con las improntas; a veces, en relación de contigüidad cercana. Unos y otras, como sea, aparecen en el texto (o en el universo físico) para hacer real la potente virtualidad de los sentidos. Notemos que en todo este proceso hifológico, la interpretación abductiva que realiza el lector se rige por apuestas de significación que se van encadenando

unas a otras hasta granjear matices de certeza cada vez más adecuados. Si tocara resumirlo, no dudaríamos en acudir al concepto de *estructuras parentetizadas* ⁽¹⁵⁾, pues el sentido, en toda nueva irrupción, debe quedar como si estuviera entre paréntesis, cercado por la indecisión, a la espera de una confirmación ulterior.

12. En los casos de manifestación textual hipocodificada, el lector, haciendo eco a una voz racionalista, procura recomponer la articulación secuencial del texto; o, más bien, procura delinear el mapa analítico-sintético de sus interpretaciones. Vincula lo que se yergue inconexo, cohesiona sentidos dispersos que forman parte de zonas de significación común, pone orden a las constantes formales abstractas, en síntesis, se ejercita en el complejo dominio de la meta-abducción. Eco lo plantea de este modo: “reconocer una serie como secuencia textual significa encontrar un *topic* textual, o ese ‘acerca de’ del texto que establece una relación coherente entre diferentes datos textuales aún inconexos. La identificación de un *topic* textual es un caso de esfuerzo abductivo hipocodificado”. ⁽¹⁶⁾. “De esfuerzo, nada más (salvo contadas excepciones), pues el lector, inmerso en el centro de actualizaciones semánticas de toda índole, no logra conjurar la dinámica del movimiento con que las interpretaciones se ofrecen a una elección. De cualquier manera, a él le resulta

15. ECO, Umberto. “Niveles de cooperación textual”. En: *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen, 1981. P. 107.

16. ECO, Umberto. “Cuernos, cascos, zapatos...”, Op. Cit., p. 284.

imperativo configurar un cuadro coherente general que esté compuesto de los elementos hipercodificados develados en la fase correspondiente de reconocimiento signico. Y para ello, aparte de disponer de leyes transtextuales que son parte de su propia competencia, cuenta con cinco recursos ligados entre sí: *intuición, expresión, conjetura, falibilidad e hipótesis*. Merced a la relativa libertad que comporta la intuición (el vislumbre vago de un primer esbozo de organización inferencial), el lector se entrega al trabajo que consiste en elaborar conceptos, en *modalizar* las proposiciones que arman el contenido de una noción determinada (precisamente la que constituye el eje de la interpretación). Para tal fin se sirve de ciertos vehículos de expresión, de medios materiales de enunciación que son entresacados bien del código verbal que lo trama como sujeto, bien del código con cuyo concurso el texto se articula. En cierto sentido, el acto de *nombrar*, en este punto, procede conforme a designaciones analógicas, valga anotar, incorporando a la matriz enunciativa elementos expresivos de correferencia entre uno y otro código. A renglón seguido, establece algunas *conjeturas*, formas de inferencia que se nutren de intuiciones previas y que anticipan consecuencias esperadas. Ni qué advertir que el lector no está exento de fallar. Reconoce que unas conjeturas son más probables que otras, menos inciertas que otras. Así el principio de *falibilidad* está en el nudo de la cooperación abductiva que concierne al lector. Es la condición de riesgo implicada en la labor de interpretación. Finalmente, la *hipótesis* es la encargada de mover a la confirmación última, al escrutinio probatorio de toda la secuencia reconsiderada. Al volver la mirada atrás

el lector, en conclusión, queda en trance de decidir si su ejercicio abductivo sobreviene como resultado de una ley archisabida, de varias leyes alternativas equiprobables, de leyes inventadas exprofeso o de leyes sometidas a confrontación entre la creación racional y la experiencia universal.

13. ¿Conclusión? De ningún modo. Primero, porque es vano creer que las aristas de un tema terminan definitivamente en alguna parte (y en el mismo orden de ideas, porque es vano creer que comienzan en un punto específico). Que invoquemos un final y un comienzo, respecto de un tópico determinado, no significa sino que, con el propósito de prevenir los imponderables de la lógica especulativa, aceptamos una simulación: la que amaga trazar límites, jurisdicciones teóricas. Y segundo, porque si la idea de comienzo y de final son meros fantasmas de ordenamiento ("ficciones reguladoras" las llamaría Nietzsche), está por saberse si queda una opción, no obstante lo nebulosa y dramática

que pueda ser: la de instalarnos, no en la mitad del tópico elegido como objeto de deliberación (que eso significa adoptar una nueva alternativa falaz), sino en el simple *continuum*, en el pleno vacío donde la exposición y la argumentación forjan su inconcluso desarrollo. Y ya apostados en él, acodados imaginariamente sobre sus impalpables balaustres, remozar la concepción de la noción de tránsito, el imperativo del discurrir crítico. Pues bien, sea esa la vía a seguir. Si nos atenemos al comienzo de este ensayo, el título dejaba entrever, no tanto un referente hermético en espera de cierta eflorescencia semántica (de cierta apertura clarificadora), cuanto el desovillamiento real que pusiera en movimiento lo que él anunciaba: el paso a otro dominio. De lo contrario el nudo de la designación inicial —tránsito— hubiera sobrado. Y, en efecto, hemos llegado, así lo creemos, a un cruce de umbral conceptual: ya no pensar la epifanía como el antecedente que sirve de fundamento de aparición material de la abducción, sino asumirla co-

mo consecuente lógico-heurístico de ésta. Dicho con otros términos: si, atrapados en el absolutismo de las fronteras, señalábamos el carácter de *pensamiento del afuera* (de frágil explosión intelectual) representado por el fenómeno de la epifanía, y, de manera similar, el carácter de *pensamiento del adentro* (de fuerte raciocinio intelectual) representado por el fenómeno de la abducción, ahora, al revés, bien estamos en trance de trastocar los predicados: la epifanía es el *adentro* que acaece luego de cualquier práctica concreta de interpretación abductiva, así como la abducción es el *afuera* que permanece antes de gestarse cualquier iluminación general de aproximación epifánica. El tránsito, en ambas, es su paradójico destino semiótico. Una y otra son, en tiempos cercanos, el anverso y reverso de una misma cinta: aquella sobre la cual se materializa una compleja operatividad de la lectura que en cada final concita a reanudar el tránsito.